



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,  
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,  
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 17.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. . .	4 pesos.	14 pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 20 de Junio de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

LA DIANA.

En la *Introduccion* que el Sr. Gutierrez de la Vega puso á la edicion que hizo en 1877 á las *Investigaciones sobre la Montería*, de D. Miguel Lafuente Alcántara, se lee lo siguiente:

«Despues de esta admirable descripcion de los encantos de la vida venatoria sobre la pompa cortesana, en una de las obras más célebres del teatro clásico español (*García del Castañar*), citáremos, no ya un pensamiento, ni un trozo, ni una poesia, sino todo un poema de venacion,

debido á la pluma de un famoso vate del pasado siglo. Aludimos á *La Diana* del egregio poeta D. Nicolás Fernandez de Moratin, poema didáctico dirigido al Infante don Luis Jaime de Borbon, á quien habia debido desde su niñez una aficion particular. *La Diana* salió precedida



CAZA DE PALOMAS CON RED.



de un prólogo, cuyo objeto es prevenir los ataques de la crítica, que por aquellos tiempos iba sobrado descarriada, por no haberse fijado todavía en la opinión los principios filosóficos del buen gusto. Está dividida en seis cantos: el primero trata de la antigüedad, origen y excelencias de la caza; el segundo, de los peligros de la caza, pertrechos necesarios, como instrumentos, animales, etc., y su enseñanza; el tercero, de la cura de los caballos, pesquería y astrología, como necesarias á los cazadores; el cuarto, de la volatería ó caza de las aves; el quinto, de la caza de las fieras y su naturaleza, y el sexto, de una batida general.»

De este poema se han hecho dos ediciones, una en la oficina de Miguel Escribano, Madrid, 1765, un volumen 8.º menor, de 65 hojas, y otra por Rivadencya en el tomo II de la *Biblioteca de Autores Españoles*, entre las *Obras de D. Nicolas y D. Leandro Fernandez de Moratin*.

Hé aquí ya el poema, que pondremos en seis números seguidos de nuestro periódico, dividiéndolo en los seis cantos de que consta:

## LA DIANA.

## CANTO PRIMERO.

*Antigüedad, origen y excelencias de la caza.*

No, como suelo, del Amor tirano  
Canto injustas hazañas dolorosas,  
Ni tampoco de Marte el inhumano  
Las furibundas armas espantosas,  
Que cubren de cadáveres la tierra;  
Pero la viva imagen de la guerra.  
Con cuál arte las fieras y las aves  
Sujete el hombre, oh tú, deidad campestre,  
Casta Diana, que ejercerlo sabes,  
Dicta á mi inculta música silvestre,  
Pues nunca otro español subió al Parnaso  
Por donde yo dirijo el nuevo paso.  
¡Luis! ¡Ch gran Luis, mi amparo y ornamento!  
Dame esfuerzo y valor para invocarte,  
Que aquel soy, que con alto pensamiento  
Destinaron los cielos á cantarte,  
Y yo te llamaré con nombre justo,  
Mecénas español, ibero Augusto.  
Tú, que benigno y plácido escuchaste  
Aun trémula á mi Musa balbuciente,  
¿No la has de oír ahora? Tú llenaste  
El mundo de la fama de clemente:  
Tu virtud, tu piedad faltar no pudo:  
Ánimo ¡oh Musa! arrójome: ¿qué dudo?  
A dos hermanos hijos de Latona  
Los dos seguimos, y esto nos ha unido:  
Apolo la infructífera corona  
Del triunfante laurel me ha prometido,  
Y á tí, Dictina enriquecerte traza  
De abundantes despojos de la caza.  
Tú has dado testimonios relevantes  
De que en los premios clásicos se internan  
De la literatura los amantes,  
Siempre que sabios príncipes gobiernan,  
Y que, á pesar del odio más perverso,  
Los versos ama quien merece el verso.  
Sin duda tu gran madre soberana,  
A cuya planta augusta yo me postro,  
Para cantarte el arte de Diana  
Me dará tiempo con sereno rostro,  
Que un breve rato es mérito muy fijo  
Dejar la madre por servir al hijo.  
Si acaso el gran Monarca me escuchare  
Benignamente con oído atento,  
Dile que á más empresas se prepare;  
Pues prorumpiendo en ímpetu violento,  
Ya vendrá tiempo, y cantaré con saña  
Los grandes triunfos de la noble España.  
Mientras tanto, contigo por la umbrosa  
Selva feliz discurriré, siguiendo  
La caza, de tus tiros temerosa:  
Mil ninfas dulces coros disponiendo  
En la espesura, allí con voz amiga  
Aliviarán de entrambos la fatiga.  
Dictame, pues, la musa castellana  
Versos dignos de un príncipe, cual eres:  
Ni asiste á formación de docta plana  
Mejor que á aquella en que alabado fueres,  
Y reducido á números suaves,  
Cazador diestro, escucha lo que sabes.  
Hubo algún tiempo en los remotos años  
Del mundo infancia, en que la dura tierra  
No le causaba al hombre algunos daños,  
Ni con zarzas ni abrojos hizo guerra,  
Y sin cultivo pródiga y esclava  
Los frutos de sus árboles le daba.

Todo era paz: aún no nacido habían  
A turbar la quietud los monstruos fieros  
De ambición y política; escondían  
Los montes no labrados los aceros,  
Y aquel siglo inocente con decoro,  
Por no le conocer, se llamó de Oro.

Retozó con los tiernos recentales  
El lobo carnicero, y humillados  
Amaban los más fieros animales  
Ser con humanas palmas halagados,  
Y en la ley natural que allí observaban,  
Los hombres y los brutos descansaban.

Mas corrompiendo la malicia humana  
La sencillez y cándida inocencia,  
Naturaleza se mostró tirana,  
Que así lo quiso eterna Providencia:  
Huyeron de la mano audaz los frutos,  
Bramaron, rebelándose, los brutos.

Y el hombre miserable, condenado  
A ganar con sudores el sustento,  
La primer vez rompió con tosco arado  
De la gran madre el rostro macilento,  
Encerrando en su seno las semillas,  
Que luego son garzotas amarillas.

Pero impaciente el hambre porfiada  
De la tardanza, aún antes que él arase,  
Le dió principios de la caza osada,  
En que con prontitud se remediase,  
Y fué la primer arte que él procura  
Antes que la robusta agricultura.

Los ramos de las selvas desgajados  
Fueron primeras armas; los crecidos  
Peñascos de la cumbre derribados,  
Los garrotes volteando despedidos,  
Peniquebraron cabras y corderos,  
Y alguna vez los corzos más ligeros.

Pero después las hondas baleares,  
Con guijarros, que salen al chasquido,  
Llevaron á los vientos y á los mares  
La muerte al pez y al pájaro del nido,  
Hasta que al fin Lamech, en feliz día,  
Diestro facilitó la cacería.

El primero dobló las fuertes varas  
Para hacer arcos; hizo á los extremos  
Distantes acercarse con muy raras  
Fuerzas; y ató la cuerda, como hoy vemos;  
Éste calzó para volar derechas  
Con las plumas del águila las flechas.

Las reses en el monte perseguidas  
Su nuevo ardido con llagas publicaron,  
De éste al que ejemplo dió á los homicidas  
Los primeros arpones traspasaron;  
Pues juzgándolo (oculto en un grimazo)  
Por fiera, lo mató de un saetazo.

Así fueron los hombres cazadores,  
Sin más arte que el arco y la fatiga,  
Hasta que halló los últimos primores  
Con sabio acuerdo ¡oh Luis! tu grande amiga,  
Tu grande amiga, de mi Apolo hermana,  
La casta y hermosísima Diana.

Esta beldad, del parto temerosa,  
Aborreció los tálamos nupciales;  
Por la ciudad trocó la selva umbrosa,  
Y habita en los espesos robledales,  
En los bosques y páramos montunos,  
Huyendo los amores importunos.

Esta primera y linda cazadora,  
De los perros notó primeramente  
Las diferentes castas; fué inventora  
De la alta red que cerca el continente,  
En la que sin remedio al fin cautivos  
Los animales son muertos ó vivos.

Y como hija de Jove, por quien crecen  
Al cielo sus blasones, bien sabia  
La hermosa infanta cuánto se parecen  
El arte de reinar y montería,  
Y que la astucia tiene tanta parte  
Como en las duras guerras del dios Marte.

Y como el gran Monarca se previene  
Con ejércitos, naves y legiones,  
Con que á ser respetado y señor viene,  
Aun de las más indómitas naciones,  
Así la real doncella halló la traza  
De todos los pertrechos de la caza.

Sonando va la aljaba de Corinto  
Con las etolias flechas en el hombro;  
Debajo de los pechos brilla el cinto,  
Donde miran las fieras con asombro  
Del jabalí de Arcadia la cerdosa  
Testa, y del ciervo epireo la ganchosa.

La rubia trenza, afrenta de su hermano,  
Prende blanco listón, que acaso pierde;  
Dos broches alzan con donaire ufano  
A un lado y otro la basquiña verde,  
Las columnas de Páros descubriendo,  
Que el real coturno calza y va luciendo.

En medio de cien ninfas sobresale  
Como alta palma entre el centeno blando,  
Pues no hay otra gallarda que la iguale:  
¡Oh deidad! ¿Cómo estoy de tí cantando?  
¡Oh vírgen! ¿Con cuál verso en este día  
Te podrá celebrar la musa mía?

¿Por qué, dime, te agrada en la floresta  
Huir los ocios y sufrir robusta  
El estivo calor de la alta siesta?  
¿Por qué el estrado persa no te gusta,  
Ni las delicias del genial retrete,  
O el espejo en pintado gabinete?

Guarda los ojos, ninfa, pues si vieras  
A Luis, joven galán, que yo celebro,  
El propósito firme tú perdieras,  
Tú le buscarás desde el Ebro al Hebro,  
Si el sonrosado rostro le miraras,  
De nuevo Endimion te enamorarás.

Tú fuiste la inventora del gran arte,  
Que con el conquistar se ha equivocado.  
Tus ardides aprende el fiero Marte,  
Mucho el cazador tiene de soldado:  
¡Oh Diana feliz! Beldad extrema,  
Que el tuyo dará nombre á mi poema.

¿Cuántos provechos á la especie humana  
Tu deidad enseñó? Ninguno indigno  
Podrá, cazando, la traición villana  
Tramar con fiero espíritu maligno,  
Pues robas la atención, y los cuidados  
Penosos por tí fueron rechazados.

Tú al hambre mal sufrida socorriste;  
Los ánimos alegras; con tus manos  
Las artes podarías excediste,  
Útil gusto y salud de los humanos:  
Tú mantienes el cuerpo duro y fuerte,  
Que ni teme á la guerra ni á la muerte.

Ni te agrada alistar en tus banderas  
La generación débil y bastarda  
Que niega á sus abuelos, y que alteras  
Con el trueno infernal de la bombarda,  
Ni afeminados lindos deliciosos,  
Con dijes y perfumes olorosos.

Y vosotros, que en ocio abandonados  
Torpemente vivís, la fama oculte  
Vuestros nombres del cielo detestados,  
Y en olvido oscurísimo sepulte:  
Afrente vuestra infamia abominable  
Del gran Luis el real pecho infatigable.

De príncipes y dioses aplaudida  
Creció el arte: siguió su afán violento  
Hipólito, que halló dos veces vida;  
Niso, Eurialo, Orion, Céfalo atento,  
Carpóforo, Meleagro, Cipariso,  
Atis, Apolo, Adónis y Narciso.

Ni el grande emperador callar pretendo,  
Que de la caza piscatoria á Oppiano  
Los elegantes números oyendo,  
Con franca, liberal y larga mano,  
Dió al poeta dulcísimo y sonoro  
Por cada verso una moneda de oro.

Fué así la caza hasta que halló el averno  
La invención de la pólvora tremenda:  
Cesó en las selvas el silencio eterno,  
Y viéndose morir con muerte horrenda,  
El bruto se espantó de oír el trueno,  
Estando el cielo plácido y sereno.

No fué hecho este durísimo ejercicio  
Para complexion leve y enfermiza,  
O encenagada en el deleite ó vicio;  
Gente quiere fortísima y rolliza,  
De aguante pertinaz, nunca vencido,  
De ágil cuerpo y espíritu atrevido.

Ni importa menos que elegir la gente,  
Saber cuál vário género de fieras  
Cada lugar, cada region sustente,  
En bosques, peñascales ó en praderas,  
Ni será para el arte ménos bueno  
Saber las diferencias del terreno.

Así el caudillo experto reconoce  
Del enemigo fuerza y calidades,  
Del cuál cielo y ambiente el clima goce,  
Ni deja sin vencer dificultades,  
Y, anticipada y cierta de su gloria,  
Le ofrece sus laureles la victoria.

Los gamos apetece las llanadas,  
Huye el lobo á los rudos peñascales,  
Se acoge á las malezas intrincadas  
El puerco, y los frondosos huecadales,  
Seguidos de sabuesos y vatores,  
Procuran los venados voladores.

El oriental idólatra sujeta  
Al veloz tigre; el bárbaro africano,  
Al león rojo desafia y reta,  
Pronto el alfanje y el venablo en mano,  
Y el lapon blanco caza audaz al oso,  
Terrible, guedejudo y espantoso.



El Perú, de sus Andes asombrado  
Tiembla los formidables culebrones;  
En el desierto líbico abrasado  
Dan silbos las cerastas y dragones,  
Y al caiman sigue el indio americano,  
Vasallo occidental del rey tu hermano.

De la España ausentó naturaleza  
Piadosa tales monstruos: no en el monte  
Al cazador asusta la braveza  
Del indómito audaz rinoceronte,  
Ni temas que al villano le amedrente  
Con sus muy grandes roscas la serpiente.

Mas no dejó sin caza las montañas  
En que el valor y el gusto se ejercite:  
No hay fieras horribilísimas y extrañas;  
Pero porque esta falta se desquite,  
Con prudencia y agrado (no te asombres)  
Lo feroz de los brutos dió á los hombres.

De esta patria feliz, no del Sabeo  
Las fértiles campiñas, los floridos  
Verjeles de Ceilán, ni del Hibleo,  
Ni del Pactolo yermo enriquecidos,  
Ni cuanta amenidad ¡oh Tempe! alcanzas,  
Pretendan competir las alabanzas.

Los cándidos rebaños desaparecen  
Las más altas colinas, y los prados  
Con árboles y trigos reverdecen,  
Eterna primavera dan los hados;  
Neptuno puso estala en esta tierra  
De caballos ligeros y de guerra.

Añade tanto tren, tantas ciudades,  
Tantos reinos vencidos, tantas gentes  
Esclavas, tanta pompa y majestades,  
Los soberbios palacios eminentes  
De aquel que rige tierra y mar profundo,  
Carlos Tercero, emperador del mundo.

¡Salve, oh patria feliz, region de Marte,  
Íncita engendradora de varones!  
Los cielos me inclinaron á cantarte,  
¡Oh Luis! da heroico aliento á mis razones;  
¡Salve, oh madre de tanto esclarecido  
Famoso capitán, nunca vencido!

Ésta produjo al fuerte Viriato,  
Terror de Roma y Rómulo de España,  
Á Trajano y Teodosio; el moro ingrato  
De Bernardo y el Cid lloró la saña;  
Á los Laras, Bazanes y Girones,  
Y Ponces, que domaron los leones.

Ésta arrulló de acero en los paveses,  
Los Cerdas generosos, y sin miedos  
Á Córdoba, Pizarros y Corteses;  
Ésta á los Duques de Alba, á los Toledos,  
Que envió Felipe á reprimir los grandes  
Alborotos y escándalos de Flándes.

Ésta dió cuna á Carlos soberano,  
Y á tí, gran Luis, mancebo esclarecido,  
Que si hubiera algo más que ser su hermano,  
Ya tu virtud lo hubiera conseguido;  
Celebrad á mi patria ó mis Camenas,  
Por ser patria también de mi Mecénas.

Diana, ciegamente enamorada,  
Por las selvas al sol te va buscando;  
Jamás vió juventud que así la agrada;  
Por fama te está sólo idolatrando;  
Ella te dió presteza, aliento y traza  
Para el duro ejercicio de la caza.

En la flor de tu edad robustamente  
Latiendo los espíritus, que agitan  
El bien formado cuerpo y eminente,  
Al afán venatorio le habilitan  
Con movimiento grave, mas no tardo,  
Despejo áiroso, intrépido y gallardo.

Al céfiro con oro le enriquece  
La vaga inundación del rubio pelo;  
El rizo mal peinado bien parece,  
Ojos azules del color del cielo;  
Plantel de acanto, rosa y maravillas,  
Vertiendo leche y sangre las mejillas.

Al lado izquierdo inclina el galoneado  
Castor fino, y con vista muy gallarda  
Brilla un diamante, y el favonio osado  
Va al desgaire moviendo la cucarda  
Con cambiantes de visos y pelajes,  
Haciendo tornasoles los plumajes.

Mas ¡oh cuán incansable el hombre sufre  
El peso de la fúlgida escopeta,  
Que vomita relámpagos de azufre!  
Si no va la punzante bayoneta  
Del ancho cinturón resplandeciente,  
Pende al lado la espada omnipotente.

Pero ¡cuál verso esmímo ó mantüano  
Bastará á celebrar las perfecciones  
Del espíritu heroico, soberano?  
De tanto empeño, oh Fama, no blasones;  
Pues su nombre, que al mundo se derrama,  
Aun no cabe en las lenguas de la fama.

Y no sólo á las fieras lazos pones,  
Que ¡oh jóven! tu piedad ha cautivado  
Aun los más intratables corazones;  
Nadie se fué de tí desconsolado,  
Que éste es el gran cuidado que desvela  
Al hijo de Filipo y de Isabela.

¡Oh qué amante respeto que difunde  
El semblante real, benigno y pío!  
Sólo el mirarle al pérfido confunde:  
¡Oh qué agrado, y con cuanto señorío!  
¡Qué hermosa juventud que allí florece!  
¡Oh cuánta majestad que resplandece!

¡Cuánta ninfa real en sus retiros  
Tu tálamo nupcial procura ansiosa!  
¡Oh cuántos ardentísimos suspiros  
Está por tí exhalando alguna diosa!  
Quejándose envidiosas y severas  
De ver que las desdeñas por las fieras.

Sólo así al duro Amor se le quebranta,  
Ni la fuga con él es afrentosa;  
Pero, ¡ay dolor del triste que te canta!  
Pues ni el huir, ni vida tan penosa,  
Ni la fiel musa, ni tu ejemplo apenas  
Me pueden libentar de sus cadenas.

Fatigando los montes todo el día,  
Menosprecias los hielos y los soles,  
Y no te da temor la noche fría;  
Adoran tu valor los españoles,  
Y esperan verse dueños de los hados,  
Por tan fuerte adalid acaudillados.

Ni temes precipicios ni asperezas,  
Los riesgos, intemperie y batideros;  
Por las fragosidades y malezas  
Revuelves los caballos más ligeros;  
Ni de la sed te rinde la fatiga,  
Ni del hambre, doméstica enemiga.

El gran Fernán González vió cazando  
El pronóstico fiel de su victoria,  
El casto Melanion, el bosque amando,  
Su pureza libró con alta gloria,  
Y Ganimedes fué con presto vuelo  
Desde la caza arrebatado al cielo.

En la caza Alejandro macedonio  
Engendró aquel valor, que al orbe pisa,  
El Hércules jayán amfitrionio,  
Y el arrogante Aquiles de Larisa  
Fueron con ejercicio tan terrible,  
El uno vencedor, y otro invencible.

Diré (y no juzgo que el discurso yerra),  
Mirando tanto afán, peligro y traza,  
Que no es la caza imagen de la guerra,  
Sino la guerra imagen de la caza;  
Y aun ésta ha menester mayores bríos,  
Porque vence contrarios más impíos.

Felices, si sus bienes conocieran,  
Los cazadores, que en el campo ameno  
El premio encontrarán, que cierto esperan,  
Aunque no su ancho pórtico esté lleno-  
Del gran tropel de entrantes y salientes,  
Ni le instan importunos pretendientes.

Ni anhelan por el techo artesonado  
En dóricas columnas suspendido,  
Ni con oro el vestido realzado;  
Ni con uso extranjero han corrompido  
Las costumbres patrias, ni á su lana  
Blanquísima manchó tintura indiana.

Mas no les falta con quietud segura  
De varios bienes rica y sana vida,  
Los anchos campos, lagos de agua pura,  
Las cuevas, la floresta divertida,  
Las presas, el balar de los ganados,  
Los apacibles sueños no inquietados.

Mis dulces musas, cuyo amor me ha herido,  
Me enseñen qué fué el caos ó la nada  
Antes que el universo hubiese habido;  
Cuál del alma inmortal es la morada;  
Qué origen tuvo el hombre y negro fiero;  
Qué dijo al ver sus manos el primero;

En qué consiste lo que llaman vida,  
Si es de los astros vida el movimiento;  
Qué es la luz, si hay más mundos á medida  
De los soles que ostenta el firmamento;  
Cómo el nuestro en el aire está librado,  
Si está inmóvil, ó en torno es volteado;

Cómo al hombre las islas dieron caza,  
Si hay esferas, ó gran region vacía;  
Qué es muerte: mas ¿quién sabe lo que pasa  
De esotra parte de la muerte fría?  
Feliz el que en materias tan dudosas  
Averiguó las causas de las cosas.

Mas si estas partes de naturaleza  
Al humano indagar no se consiente,  
Del Escorial y el Pardo la aspereza  
Me agrada, y Aranjuez el floreciente,  
El Parque, el Valsain y Eresma frío,  
Caudaloso tal vez con llanto mío.

Dichoso el que en obsequio de Diana  
Busca la opaca sombra en las fresnedas;  
Estos huyen la pompa cortesana,  
El fausto y ruido en peligrosas ruedas,  
Con que suena el confuso laberinto  
De la villa imperial de Carlos Quinto.

No les turba el tambor que incita á guerra,  
Ni el saber que á la mar estén botando  
Naves los astilleros de Inglaterra,  
Ni los reinos, que se han de ir acabando,  
Ni los altos palacios de los reyes,  
Ni la verdad confusa entre las leyes.

Pero ellos, de la caza sustentados,  
Logran de las meriendas muy sabrosas,  
Al margen de una fuente recostados;  
En casa aguardan fieles sus esposas,  
Los hijuelos están junto á la madre,  
En torno de los besos de su padre.

Con el trabajo el cuerpo está robusto,  
Y los fornidos miembros se ejercitan;  
No cual los viles, que con nombre injusto,  
Del ocio en los ejércitos militan;  
Desprecian con los hielos y calores  
La vida sin afán los cazadores.

Tal vida los antiguos castellanos  
Tuvieron: los Alfonsos, los Bermudos,  
Ramíros, los Fernandos soberanos,  
Ordoños, Sanchos Brabos y sañudos,  
Y tal vez Manzanáres vió al famoso  
Gracian Ramírez alanceando á un oso.

Con tal gente creció la fuerte España,  
Y así la gran Madrid ha dominado  
Cuanto el sol dora y cuanto Doris baña;  
Sus fábricas al cielo ha levantado,  
Y ofrece en sus bellísimos espacios,  
Para albergue á su rey siete palacios.

Indíbil, Argantonio y los primeros  
Españoles tal vida ejercitaron,  
Cuando aún no domeñados los aceros,  
El yunque y los martillos resonaron:  
Tanto promete el que con juicio abraza  
El muy noble ejercicio de la caza.

Esta arte hasta la cumbre has sublimado,  
Y ésta te canto, ¡oh real garzón de España!  
Mientras me enciendo á celebrarte armado,  
Cubriendo de enemigos la campaña:  
¡Oh Jóven, de Pelayo descendiente!  
¡Oh consuelo y blason de nuestra gente!

NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

## CAZA DE PALOMAS CON RED.

(Véase la lámina de la página 129.)

La paloma torcaz ó silvestre es el tronco primitivo de donde proceden todas las aves de tan dilatada familia. Por lo general es del mismo tamaño y forma, aunque de color más trigüeño, que la paloma doméstica, color de donde se deriva el nombre especial con que se la conoce. Varía, sin embargo, mucho en el plumaje y en su mayor tamaño, porque la paloma que un célebre naturalista designó con el nombre de *columba agrestis* no es más que una torcaz blanca con la cabeza y la cola rojas, y la otra, que llama *columba montana*, es una torcaz negro-azul, la misma que Albino describió con el impropio nombre de *paloma ramera*, y de la que habla Belon, llamándola con bastante acierto *paloma fugitiva*.

La paloma torcaz no solamente anida en los árboles, sino también en las hendiduras de los edificios arruinados, y sobre todo en los peñascales de los bosques, por cuyo motivo se la dice también paloma de roca ó de monte, á causa de la afición que muestra á las tierras elevadas y montañosas.

Las aves de que nos ocupamos no se hallan en los países fríos, y únicamente durante el verano permanecen en nuestros climas templados. Llegan á bandadas inmensas á las provincias del Norte hácia principios de Marzo, y una vez elegido el árbol y sitio en que han de anidar, ponen dos ó tres huevos en primavera, haciendo igual puesta en el estío. No crían de cada vez más que dos pichones, hasta que en Octubre ó Noviembre lo más tarde emprenden su vuelo al Mediodía, atravesando la Península con rumbo á las costas africanas, donde seguramente viven en el invierno.

La época de la llegada ó la de la partida, que es la que se designa con el nombre genérico de *el paso*, es, por consiguiente, la que dedican los aficionados á la caza



de palomas, caza magnífica, divertida, llena de misterio y de emociones de todo género, y cómoda y agradable por las circunstancias en que se hace y los hermosos días con que les brinda el otoño ó la primavera, esa estación en que la naturaleza se despierta con una perla en cada hoja y una esmeralda en cada rama.

Cuando el viento sopla con fuerza y las nubes se apiñan en monton, mientras los pájaros vuelan en línea recta presagiando todos esos síntomas reunidos alguna próxima mudanza de tiempo, se disponen los cazadores de palomas á hacer sus aprestos en la esperanza de que habrá paso, y rara vez suelen equivocarse, porque la paloma es muy impresionable á los cambios atmosféricos, huyendo á la menor transición, como si se viese encima las heladas mañanas del tristísimo invierno.

El sitio que los cazadores eligen es generalmente la linde de un bosque á la orilla de árboles corpulentos, cuyos troncos les sirven de punto de apoyo para construir con el mayor disimulo una choza ó escondite, que se ha de armonizar con los selváticos accidentes del paisaje, á fin de no infundir sospechas á las gallardas viajeras. En una extensión regular de terreno llano, bien limpio, cerrado á lo largo por una cerca no muy alta, y situado delante de la chocilla, echan las redes á un lado y otro para cerrarlas luego de repente tirando de unas cuerdas cuyos cabos tiene en la mano el cazador, que apoya los pies en un rodillo para mayor firmeza, seguridad y prontitud en el acto de aprisionar á las incautas avecillas.

Entre las redes abiertas, y tal como se ven en el precioso grabado correspondiente á este artículo, se contornean dos palomas que sirven de reclamo, atadas por las patas á una raqueta de madera, movable por medio de un bramante grueso, que maneja otro de los escondidos cazadores. El bramante es bastante largo para que los reclamos suban á los árboles y vayan de una parte á otra llamando la atención de las palomas, que al oír el ruido se precipitan al lugar de donde proviene.

La paloma es muy suspicaz y desconfiada por instinto, así es que aunque no vea al cazador, ni oiga otro rumor que el de las alas de los reclamos; á pesar de sentirse excitada á la vista de los granos de trigo que se han echado adrede en medio del cazadero, se posan primero las bandadas en las ramas de los árboles inmediatos, observan con curiosidad cuanto las rodea, y sólo después de reflexionarlo mucho es cuando se determinan á bajar al suelo y picotear el grano, hasta que la red se cierra de improviso, aprisionándolas en una cárcel que al pronto quieren destruir en fuerza de picar con furia y de dar unos aleteos, bien inútiles por cierto, porque á los pocos minutos han ido á parar sin vida á un rincón de la casilla de los cazadores.

Estos vuelven á empezar el aguardo, concluida la faena de abrir la red y limpiar de plumas el cazadero, hasta que viene otra bandada después á caer en el mismo lazo, y á pagar su contingente á la astucia del hombre.

Caza de tal género no tiene rival, como aseguran los apasionados á ella; pero nosotros preferimos la que se hace con escopeta y perro, porque la red nos ha parecido siempre un recurso inventado para procurarse únicamente los pescados que viven en el mar, donde el hombre no tiene otro medio hábil de apoderarse de ellos, porque no puede residir dentro del grandioso y cristalino elemento en que habitan.

C. T.

## LA PASTORA DE LA FUENTE DEL GAMO.

(Véase la lámina de la pág. 133.)

### I.

Por lo mismo que vamos á narrar una historia romántica y verídica, pero más verídica que romántica, y eso que está llena de tempestades de dolores en el alma, y de iris de gloria en el corazón, tenemos necesidad de suprimir fechas, nombres propios, y cuantas otras cosas puedan revelar los secretos que ignoran ciertas familias encumbradas por su clase y dichosas por su fortuna, que viven entre nosotros; secretos que pertenecen por entero á un viejo manuscrito, que ha llegado á nuestras manos

como joya preciosísima de antiguas relaciones venatorias. Empecemos, sin más preámbulo, el sabrosísimo cuento.

Era la noche de uno de los días más tristes que cuenta en sus anales la coronada villa de Madrid, cuando sus calles oscuras y enlodadas se habían manchado con sangre que hicieron saltar los arcabuces y los puñales de Toledo, y que goteaba de unas cuantas horcas. El motín no había sido en la forma uno de los pronunciamientos modernos en que nos ocupamos en el civilizado siglo XIX; pero en el fondo tenía con éstos la semejanza de las gotas de agua.

Al sonar la una de la madrugada en alguno de los desacordes relojes de los campanarios, tres personajes resbalaban casi á la carrera, en medio de la más profunda oscuridad, por la calle de Segovia.

—Démonos prisa, amigo Roque, dijo uno de ellos, al oír el estampido lejano de varios arcabuzazos, y ábreonos la puerta con esa llave de oro, y le dió un bolsillo con varias onzas mejicanas.

Momentos después, ya respiraban las brisas del Manzanares, perfumadas con las flores del mastuerzo y de la mejorana de los bosques de la Moncloa.

¿Quiénes eran estos tres personajes? Ya hemos nombrado á uno de ellos, único que puede nombrarse, al tío Roque, antiguo marino de la Armada Real; fuerte como un Hércules, bravo como un toro del Jarama, buen tirador de balas de arcabuz como un indio con el arco, con el lazo ó con la piedra; leal como un perro, y tan cristiano viejo, como que iba besando su escapulario de la Virgen del Carmen y pasando entre los dedos las cuentas de su rosario.

De los otros dos personajes, sólo podemos decir que el uno peinaba grandes bigotes plateados, y la otra rizaba largos y preciosos bucles de purísimo oro, que iban dejando delgaditas hebras en los jarales y lentiscos, tan pronto como, para mayor precaución, abandonaron el camino por la espesura del monte. Y nada más diremos de estos dos personajes, sino que estaban más unidos por intereses de familia, que habían querido reunir en una casa dos nombres ilustres con dos fortunas colosales, y por la común desgracia en aquel momento, que por los sabios preceptos de la epístola de San Pablo, cuyo recuerdo aún ruborizaba á la joven de los bucles de oro; y nada más diremos, repetimos, porque á describirlos con propiedad, reconocerían en ellos muchos de nuestros lectores los históricos originales de dos magníficos cuadros de ilustre artista, que por retratos desconocidos se admiran en un salón de Madrid solamente como dos prodigios de la pintura. ¡Lástima que estén colocados tan distantes y á tan poca luz! Nosotros los hemos unido aquí con el santo lazo del matrimonio, lo cual es un secreto para sus familias, pero no les enviaremos ninguna luz de los torrentes que arroja nuestro desconocido manuscrito.

Ya está montado el tío Roque sobre la cerca que divide á la Moncloa de los montes del Pardo, y recibiendo en sus brazos, de los del caballero de los bigotes plateados, la aérea y elegante figura de la joven de los rizos de oro; y al despuntar el nuevo día, alumbra la aurora la subida de los tres personajes por la ancha loma que conduce á la histórica casa de la Torre de la Parada, llamada así desde tiempo antiguo, por ser el lugar de cita y de descanso de nobles cazadores en las augustas fiestas venatorias.

—Te lo he dicho y te lo repito; para mí ya no hay más rey que Roque, exclamó el caballero abrazando á su guía al franquear una de las puertas de los antepechos de la Torre de la Parada.

—Gracias, señor; pero lo de Rey y Roque no se ha inventado para decirlo así; pues lo que es yo, como guarda Real hace cinco años, amo á S. M. el Rey nuestro señor D....

—¡Basta, lealísimo sabueso! dijo el caballero sacudiendo sus bigotes blancos con el mismo aire que lo sacudirá una liebre cuando ha burlado al galgo.

—¡Colasa! gritó el tío Roque á su mujer, que saltó de la cama como una cabra mordida por un lobo: abre la puerta, y echa carne cruda en la gran jaula de hierro para encerrar este león, y pon agua de rosas en la jaula dorada para meter esta paloma.

El tío Roque había descrito á los dos personajes: el

uno parecía un león en su majestad y fiereza, y la otra era una paloma en su belleza y candidez. No diremos más de ellos, porque nos expondríamos á darlos á conocer por los retratos que todo el mundo admira en Madrid, y nadie sabe, ni dentro ni fuera de España, á quienes representan.

La tía Colasa salió limpiándose las lagañas, saludó á sus dos huéspedes con una reverencia de guardesa Real, y dijo á su esposo al oído:

—¿De quién se trata, amigo mío?

—De mucho más que del Rey, de tanto casi como del Rey de los reyes, respondió seca é intencionalmente el tío Roque: el Rey nos ha dado el pan hace cinco años, añadió el guarda, pero los padres de estos señores han sido mis amos desde que nació en su casa hasta que salté en las galeras Reales. Estos señores son hoy tan desgraciados como grandes, y vienen á salvar sus vidas en el desván de la Torre de la Parada. Ahí estarán escondidos para todo el mundo, aunque el mismo Rey venga mañana con su cohorte de cazadores á salpimentar, al amor de la lumbre un pernil de jabalí, con el cuento del último motín ocurrido ayer en esa endiablada villa del madroño.

La tía Colasa, sin comprender nada, se fué á preparar camas en el desván, no sin inclinarse á lo guardesa Real y besar la punta del abrigo del caballero, que tomó por la cola del león, y la manita torneada de la dama, que consideró como punta del ala de la paloma.

### II.

Tres días después de lo que acabamos de referir, S. M. el Rey y señor D.... se desmontaba á la puerta de la Torre de la Parada, acompañado de veinte jinetes más entre caballeros y monteros, y de cincuenta perros entre sabuesos, lebreles y de otras especies.

—¡Muy bien! dijo el Rey, ya he visto las telas cercando los bosques más querenciosos. Mañana á la primera luz del alba saldremos á perseguir á esos animales, y ¡por Dios! que no dejes que se escape el feroz jabalí cano del otro día, no nos suceda lo que tras de antes de ayer nos pasó en Madrid, donde también se escapó el consabido jabalí cano....

A estas palabras, intencionalmente acentuadas, respondieron los caballeros, acariciando sus arcabuces los unos y sus cuchillos de monte los otros. Solamente Colasa y Roque pudieron oír un ruido en el techo, como si se hundiera el desván á una patada del gigante Goliat. También oyeron una especie de rugido como de león.

Después de una cena de sopa de ajos, carnes fiambres, ensalada y chocolate, el Rey se retiró á su lecho de campaña, en la alcoba de la sala que hay á la derecha; sus ministros, á esta misma habitación; los demás caballeros, á las tres habitaciones de la izquierda; los monteros se acomodaron sobre los bancos de piedra de los antepechos de entrada; los caballos relinchaban en el corral, y los perros bullían y peleaban por todas partes.

Roque y Colasa se retiraron solos á la cocina, donde el ruido que cada uno hacía royendo los huesos que habían quedado de la cena le parecía al otro el crujido del techo, que con el desván y los huéspedes se iba á hundir y á aplastar á toda la corte entera de Castilla.

El Duque de.... que tuvo necesidad de salir fuera de los antepechos de la casa unos momentos, volvió tiritando de miedo, y estornudando para fingir que hacía frío, y contó á sus compañeros que en medio de la profunda oscuridad de la noche había visto solamente dos estrellas, pero tan juntas, é irradiando su luz con tanta fuerza, que le habían hecho cerrar los ojos.

—¡Vaya, camarada! le contestó otro personaje, esas son las luces que dan los muertos que habeis ajusticiado el martes.

El Duque de.... se santiguó y se acurrucó en su cama, murmurando por lo bajo.

El que explicó á Colasa el fenómeno, sin ser magnate ni astrónomo, fué el tío Roque, que acompañó al Duque.

—Mira, Colasa, yo lo vi: por la ventana de la buhardilla del desván sacó la cabeza, brillando sus ojos como los de un león; y con el arcabuz en la mano, al oír la voz del Duque, apuntó; pero yo me interpose, y al mismo tiempo una manita más blanca y más hermosa que la tuya lo arrancó de la ventana.



—¡Qué horror! exclamó la tia Colasa cubriéndose la cara con sus callosas manos.

Todo estaba en el más profundo silencio, cuando un ruido espantoso, al que crujió el techo del desvan, hizo

botar á los caballos, ladrar á los perros y saltar á los caballeros y monteros de sus camas. Todos creyeron que habia sido un tremendo arcabuzazo dentro de la casa.

—¿Qué es eso? preguntó el Rey con voz que fingia

tranquilidad, y que era el único que aún no dormia, porque sentado en su cama, rezaba sus oraciones y besaba un crucifijo de oro que pendia de su rosario de piedras preciosas.



LA PASTORA DE LA FUENTE DEL GAMO.

Mil comentarios se hicieron sobre el suceso, hasta que el tio Roque, con acento entrecortado, porque él solo conocia la evidencia del caso, explicó que hacía tiempo que el diablo en persona solia venir algunas noches, á la memorable y gigantesca encina que hay á la bajada de la loma en que se asienta la Torre de la Parada, y dar esos estampidos al marcharse, para asombrar á los pastores.

¡Cuántas veces hemos dormido bajo esa misma encina el sueño plácido de un cazador que no teme ni aún las bromas del diablo!

Dada la explicacion del tio Roque, los cortesanos se volvieron á sus camas, repitiendo sus oraciones.

En pos de tanta oscuridad y tantos sobresaltos, vino el alba á iluminar aquella medrosa escena, y tras el alba

se asomó tambien como ella por los balcones del oriente un sol hermoso, que dió fuego y vida á una de las más suntuosas monterías que se han celebrado en los accidentados y pintorescos montes del Pardo.

Aquel mismo sol, despues de concluida la fiesta venatoria, y cuando la cabalgata régia tomó la vuelta de Madrid, iluminó tambien con sus últimos rayos el acto



fúnebre de esconder provisionalmente en lo más apretado del monte el cadáver de un gran personaje, conducido por el tío Roque y la tía Colasa, y escoltado por la joven de los bucles de oro, descompuesta, deshecha en llanto y andando maquinalmente, con el juicio perdido por el dolor y el espanto del suceso.

¿Cómo se produjo esta muerte? ¿Fue un suicidio voluntario ó involuntario? ¿Fue un homicidio? ¿Qué horror! Nada dice sobre esto el manuscrito. La historia particular de una casa grande, manuscrita también, cuenta que este personaje murió gloriosamente en una gran batalla, y que su cadáver fue arrojado en la inmensa sepultura de un inmenso mar vecino; cuando al día siguiente, después de haber abierto el tío Roque un hoyo en lo más escabroso del arroyo de Tejada, fue con su mujer á recoger el muerto, sólo halló los harapos de su vestidura: se lo habían comido los jabalíes del Pardo. No es mucho presumir que más tarde se lo comieran también el Duque y los demás cortesanos al comerse los jabalíes que mataron en sus sucesivas monterías.

### III.

Algunos meses después resonaba también en los montes de la Torre de la Parada el magnífico estruendo de otra suntuosa y egregia montería. Otro rey, contrario del anterior, pero con algunos de los mismos ministros y con los mismísimos cortesanos, que esto no ha sido nunca raro, ni en lo antiguo ni en lo moderno, estrechaba contra la tela una manada de elegantes ciervos, una piara de furiosos jabalíes, algunos malditos lobos y no pocas astutas zorras. Los caracoles, los cuernos y las bocinas, con su voz retumbante ó estridente; los monteros con sus gritos, los perros con sus latidos y los caballos con sus relinchos, llenaban de estruendoso ruido el monte, interrumpido de vez en cuando por la detonación de los arcabuces y el agudo y desagradable silbido de las balas. Por todas partes se oía el sonoro correr de los caballos, con el ruido que hacen sus entrañas; el seco redoble de los venados al volar rasando las peñas; el sutil trezado de los jabalíes tocando apenas la tierra, ó se veía el vago y rápido relampaguear de los conejos y de las liebres, la indecisa y rápida carrera de la perdiz cansada y apeonando, y por último, la hábil huida de las zorras, ó la más tranquila y ordenada de los lobos, que apenas descubren sus orejas.

No lejos del teatro de tan animados sucesos, un gallardo mancebo, de noble apostura y finísimo continente, subía al galope tendido de su caballo desde un valle á una cañada, para divisar desde la altura la marcha del ojeo y unirse á los cazadores, de quienes se había perdido en la batida anterior. Educado en el extranjero desde niño, no conocía ni las calles de Madrid ni los vericuetos de los montes del Pardo, adonde iba por primera vez. En medio de la cañada descubre la fuente del Gamo, pára su caballo y salta en tierra para templar su sed. Pero al mismo tiempo nota que por el collado que se quiebra á la derecha de la fuente, se le viene encima, corriendo á más correr, una preciosa cierva escapada del ojeo. Verla, coger y preparar su arcabuz, apuntarla, tirar, marcar la desviación de la bala, oír un grito humano agudísimo, y desaparecer la cierva, todo fue obra de un momento. Entonces observó una rústica choza que había enfilado con su tiro, escondida entre dos chaparros, quizás á los azotes del viento, quizás á las miradas de los hombres.

—¿Qué desgracia será ésta! se dijo á sí mismo el noble mancebo, con que inauguro la vuelta á mi patria.

Subió lento y pensativo en dirección á la choza, y al llegar á ella vió que le tapaba toda la puerta la corpulenta figura de la tía Colasa, que salió á recibirlo.

—No es nada, caballero, le dijo; montad vuestro caballo y seguid vuestro camino. Creo que os habréis perdido de vuestros compañeros, si sois, como creo, de la comitiva de S. M. Mirad, allí está el puesto del Rey nuestro señor D.... Estaba aquí sola y no esperaba el tiro que habeis disparado; por eso exhalé el grito que os ha traído hasta aquí.

Tranquilo ya y sin temor alguno, el gentil mancebo pensó para sus adentros, oyendo la ronca voz de la guardesa: —El grito de esta mujer podría confundirse con el bramido de un ciervo, y yo he de encontrar mi cierva.

Mal grado la guardesa, penetró el joven en la choza, y vió un rostro divino de ángel ó de mujer, guarnecido con el marco de oro que formaban sus cabellos, cayendo en grandes y desaliñados, pero limpios bucles, sobre sus torneados hombros. No podemos añadir ni una palabra más, porque sería lo mismo que dar á conocer el original del magnífico retrato, honor de la escuela española, y asombro y misterio de cuantos le han visto en Madrid.

—¿Quién sois, señora? le dijo el caballero, inclinándose respetuosamente, pero con el aire marcial y galante de la antigua sociedad francesa.

—Soy la Pastora de la fuente del Gamo, á quien habeis asustado con el tiro de vuestro arcabuz, le respondió aquel ángel, devolviéndole un saludo, con toda la gracia y majestad de la antigua sociedad española.

La impresión del tiro ó la inesperada aparición del gallardo mancebo, ó ambas cosas juntas, habían distraído á la aristocrática joven de su constante locura, iniciada la noche fatal de que hemos hablado más arriba. Con esto, con la vista de aquellas manos que por lo finas y bien hechas parecían obra del deseo, y de aquellos menudos pies, apretados, aunque con piel rústica, pero con gran pulcritud y esmero, se comprendía que el limpio traje de pastora era un disfraz misterioso. Todo esto lo leyó la joven en las apasionadas miradas del mancebo; por eso le dijo hábilmente:

—Caballero, si queréis ver mi rebaño, seguidme, que es hora de recogerlo del monte, para que venga á beber á la fuente del Gamo.

La tía Colasa estaba rebotando de alegría al contemplar por primera vez que su huésped volvía á la razón perdida. Pero se equivocaba completamente: aquel no era más que un momento lúcido, quizás para caer en una nueva locura. Esto no lo comprendía la guardesa, y por eso vió con gusto á aquella hermosa pareja entregarse á las delicias del más inocente pastoreo.

No paró en esto el casual encuentro. Dice el manuscrito que á los quince días, cuando la guardesa se resolvió á contar al tío Roque las quince visitas que ya había hecho á la majada, en busca de la Pastora, el cortesano mancebo, cosa que oyó con estupefacción y espanto el guarda Real, hasta las sencillas ovejas se habían afinado en sus modos y maneras, aleccionadas por tantos y tan cortes requiebros de amor como habían oído, y tantas pruebas de loca pasión como habían visto en sus frondosos jardines de tomillos y retamas.

La ausencia del joven desconocido, cuyo nombre no reveló nunca ni en sus nuevos paroxismos de amor la hermosa joven de los bucles de oro, volvió á dar al traste con el juicio de la Pastora, y un estado, para ella nunca visto ni imaginado siquiera, la convirtió otra vez en la pobre loca de la fuente del Gamo, que ya abandonó sus ovejas y hasta huyó de los cariñosos cuidados de los guardas Reales.

¿Cuántos secretos no guardarán las hojas de los montes del Pardo, al regalarlas en mil y mil ocasiones con sus preciosas lágrimas la dos veces pobre y pobre loca!

La ausencia del joven desconocido duró largo tiempo, porque sus poderosos padres, al notar su estado y sus diarios devaneos fuera de Madrid y lejos de su círculo social, consiguieron enviarlo al extranjero con una misión diplomática.

Nueve meses tardó en morir de amor y de su locura la pobre Pastora de la fuente del Gamo, que halló tranquila y olvidada sepultura en un valle tristísimo, que solamente nosotros conocemos, bajo un árbol que todas las primaveras derrama sobre ella sus ramas amarillas, á manera de bucles dorados. A su muerte dejó en el mundo un pedazo de sus entrañas.

### IV.

Y pasó un año, y otro, y pasaron algunos más, y el joven diplomático volvió á Madrid, y el mismo día partió para los montes del Pardo, no en régia comitiva, sino solo con su caballo y su perro, aunque en tren de cacería. Quizás los remordimientos, y un presentimiento quizás, le llevaron á la fuente del Gamo. Al no encontrar ni rastro de la choza memorable, dejó su caballo y se fue á visitar los árboles, las matas, todos los sitios de su pasa-

da felicidad. No se rompen nunca en el corazón todas las fibras en que quedó atado un dulce recuerdo.

Al gruñido de su perro y al leve ruido que hace una tórtola en las ramas al emprender el vuelo desde su nido, vió aparecer una niña, más fresca y más hermosa que todas las flores que ella había visto en sus doce primaveras. Con irresistible afán fue á su encuentro, y con voz conmovida por la emoción que le produjeron las bellas líneas de su cara y los bellísimos contornos de su cuerpo, le dijo:

—¿Quién sois, hija mía?

—¡Ah! así me llaman el tío Roque y la tía Colasa, respondió ella muy alegre y muy contenta.

—¿Quién sois? repitió él con acento entrecortado.

—Soy la leñadora del monte, que llevo ramas secas para que se calienten mis pobres padres, los honrados guardas Reales, y me cuenten al amor de la lumbre las historias de mi familia.

Esta es la escena que representa nuestro magnífico grabado, revelando exactamente la modestia de la niña, la impresión del caballero, y hasta la reverente atención con que el perro oía el diálogo. Entre tanto el recién llegado diplomático sentía que le saltaba el corazón en el pecho al oír las melífluas y humildes palabras de la linda leñadora, y la interrumpió diciéndole:

—Decidme, por Dios, ¿quién sois....?

La niña interpretó mal estas palabras, y emprendiendo de nuevo su camino, contestó:

—Si no os place así, soy la Pastorcita de la fuente del Gamo.

Un rayo de luz abrasó el corazón del caballero, que ya agitado y como fuera de sí, exclamó:

—¿Cómo os llamais y quiénes son vuestros padres?

—Pues bien, sabedlo, y respetad mi desgracia: me llamo Doña Luz de S....; mi cuna está en esos bosques; mi madre fue una pobre loca, y mi padre debió ser una fiera.... Dijo esto empuñándose en actitud soberana.

Y la niña quiso echar á correr; rompió á llorar, arrojó su haz de leña, vaciló, y hubiera caído en tierra, á no haberla recogido en sus brazos el caballero, que la llenaba de besos diciéndole: «¡Hija mía!» Al mismo tiempo el perro le lamía cariñosamente las manitas, como si quisiera rendir pleito homenaje á su nuevo dueño.

Pocas horas después, ambos estaban de rodillas y abrazados, sobre la rústica sepultura en aquel valle tristísimo, que solamente nosotros conocemos, bajo el árbol que todas las primaveras derrama sobre ella sus ramas amarillas, á manera de bucles dorados. Allí, á sus lados, estaban el tío Roque y la tía Colasa, y en pie, y en medio de los cuatro, daba al aire su cabeza blanca y coronada por su augusto ministerio un reverendo y virtuosísimo fraile, que había educado en la santa religión á la pobre pastorcita, después de haber sabido su historia de los labios de la moribunda loca. Era el Padre Guardian de los frailes del vecino convento de Valverde del Camino. Los últimos rayos del sol poniente alumbraron aquel hermoso cuadro, en que el reverendo Padre Guardian decía, y los otros repetían, la oración de los difuntos, por el alma de un gran señor comido por los jabalíes, y de una gran señora arrullada en su sepultura por las tórtolas que anidaban en el árbol de los bucles dorados.

Aquí empieza ya á arrojar torrentes de vivísima luz el citado manuscrito, sobre la nueva familia que se creó por esas dos ilustres ramas, y aquí terminamos nosotros nuestra historia, porque no queremos preocupar la atención de los nobles y poderosos nietos, y de las virtuosas y hermosísimas nietas de la linda Pastorcita de la fuente del Gamo.

A. T.

### LOS PECES DEL PARAÍSO.

(Véase la lámina de la página 136.)

Desde hace algunos años se han hecho muchas tentativas para introducir en Europa algunas de estas especies de pescados, tan útiles y preciosos, que viven en las aguas de la China, en donde se cogen ya como pescados de lujo, ya como pescados comestibles.

Hasta el presente, sólo M. Carbonnier, de París, ha conseguido reunir en su *aquarium* hasta diez y siete de



éstos, todos pertenecientes al mismo género, al de los *macrópodos*, que se distinguen por sus aletas dorsal y anal muy prolongadas y teñidas de las medias tintas más vivas. Sus escamas presentan todos los colores del arco iris, en bandas verticales amarillas, rojizas, surcadas desde la cabeza á la cola por cintas de colores cambiantes; las formas son graciosas, redondas; la aleta caudal, larga, partida, se desarrolla en forma de abanico, como la cola de un pavo que hace la rueda. Monsieur Carbonnier propuso dar á estos pescados el nombre de *Peces del Paraíso*, porque son en el reino de las aguas lo que el pájaro del paraíso en la region del aire.

Las hembras son mucho más pequeñas que los machos, y sus colores ménos vivos.

No hay nada en el mundo tan gracioso como estos macrópodos, de movimientos rápidos, revestidos con su ropaje de desposados, y dejándose caer de la superficie del agua á 15 ó 20 centímetros de profundidad, desde las once y media de la mañana en que empiezan sus evoluciones, hasta las tres de la tarde en que cesan.

Examinados con el microscopio los huevos de estos peces veinticuatro horas despues de la freza, son casi transparentes y presentan dos esferitas, de color diverso, y que parecen englobadas una dentro de la otra.

Examinados de nuevo cuarenta y ocho horas despues, presentan perfectamente dibujado el embrión, siendo hasta perceptibles á la vista los latidos del corazón.

Por último, á las sesenta ó sesenta y cinco horas principia á nacer.

Inmediatamente despues del nacimiento el embrión se parece á un renacuajo, pues la parte posterior está desarrollada; pero la cabeza y la vejiga umbilical están aún encerradas en la esfera, de la que no se desembarazan sino hasta el tercer día; á los ocho, la vejiga queda reabsorbida, y el animalillo toma la forma de un pescado.

Durante todo este período de trasformaciones el macho cuida de sus hijos con la más tierna solicitud. Si alguno escapa á su vigilancia infatigable, lo coge con la boca y lo conduce junto á los demas. De este modo se le ve recoger hasta diez en una sola excursión. Por último, si los que se escapan son tan numerosos, y tan frecuentes las fugas que agotan su paciencia y le hacen comprender que su vigilancia es inútil ya, los abandona entónces á su suerte, y los deja en libertad de hacer lo que gusten.

Este modo de incubacion de los huevos en la superficie del agua, modo que es verosíblemente comun á muchas otras especies de pescados de la China, es muy interesante bajo el punto de vista de la Historia Natural, porque da una idea aproximada y explica un hecho contado por los antiguos viajeros que pudieron penetrar en China, y que habia sido impugnado por no pocos incrédulos, sobre la manera de recolectar una gran cantidad de huevos fecundados poniendo en las corrientes de agua cestos ó zarzos.

El pez del paraíso, importado en Europa, no está destinado á aumentar el número de nuestras especies comestibles, como sucede en China. Por mas que en un principio se pensara lo contrario, los macrópodos no podrán ser nunca más que animales de puro lujo para adornar los *aquariums*, como el ciprino dorado.

V. C.

## CAZA DE AVUTARDAS EN PERSIA.

Haciendo la descripción y la apología de las costumbres venatorias en Persia, decíamos en el número 20 de nuestro periódico, correspondiente al día 20 de Julio de 1878, que Persia, como la Arabia, es uno de los pocos países en que se han conservado las prácticas venatorias esencialmente puras, haciéndose del arte de la caza, y sobre todo del de la cetrería, una profesion tan noble como la de las armas.

Y en efecto, los señores persas se pasan cazando las tres cuartas partes de su vida, entretenimiento al cual dedican sus ocios, sus estudios y todos los recursos que poseen, desplegando un lujo y una ostentacion de que no tienen idea los pueblos de la civilizada Europa.

En Persia hasta los viajes sirven de pretexto para organizar expediciones venatorias, matando de paso el fas-

tidio que habia de producir en el ánimo el caminar por uno de los países más áridos y tristes de la tierra.

Los señores kurdos, que son al propio tiempo *khans* ó jefes de varios pueblos, van todos los años á rendir vasallaje al Schah, seguido de numeroso séquito.

El de un noble persa se compone del confidente ó secretario, que trasmite directamente las órdenes y lleva la cuenta del gasto de la expedición. Luégo vienen los *gelodares* ó palafreneros, que conducen cabállos enjaezados con extraordinaria riqueza; despues, los criados que tienen á su cargo el servicio de la comida; los halconeros, los mozos de trailla, y por último, un numeroso personal de parásitos nómadas, que se reune voluntariamente al cortejo, dispuestos, á la primera señal, á armar las tiendas, extender los tapices, á hacer el té ó el café, y á llenar los *calcanes* (pipas) de tabaco y de agua perfumada para aromatizar el humo.

Como ya hemos dicho que se caza y se viaja á un tiempo, el khan obsequia á los viajeros principales con una taza de té, algunas confituras y el *calean* de rigor; y una vez á caballo la comitiva, apénas despunta el alba, despacha el señor á vanguardia á algunos ojeadores á registrar las áridas colinas que interrumpen la monotonía de aquel horizonte.

Poco tiempo tardan en dar parte de haber visto algunas avutardas, aves que abundan más que otras en las comarcas del reino del sol.

El halconero mayor se apresura á colocar sobre el puño derecho de su señor el pájaro destinado á inaugurar la caza. Los halcones en Persia lucen una caperuza de paño de vivísimos colores, bordada de perlas, y enriquecida ademas con diamantes y turquesas de gran valor. En el cuello, y pendiente de un cordón de seda y oro, llevan el amuleto de nácar y plata, cuya forma es la de una flor de lis truncada. Un brazalete de cuero verde, del que cuelgan dos cascabeles de oro, oprime el tarso del ave de rapiña, encima de las correas con hebillas que constituyen la traba del animal.

Una nube de polvo indica el sitio en que se encuentra la avutarda, denunciando su presencia á los cazadores.

La avutarda es un pájaro presirrosto de la décima familia de las zancudas. Tiene las patas grandes y delgadas y el pico largo y bastante fuerte para excavar la tierra, buscar su alimento y depositar los huevos en la época de la cría. Su paso es tardo; su carrera, muy acelerada, porque se ayuda con las alas, y el vuelo, pesadísimo en extremo, y no puede subir á los árboles porque le falta el dedo posterior con que asirse á las ramas. Su plumaje es gris amarillento, rayado de negro por la parte de la cabeza y el cuello, y ostenta ademas una especie de penacho un poco inclinado hácia atras.

Es una pieza de caza muy estimada por los persas.

Una vez desencapillado y libre el halcón, y á la manera de un hombre fatigado que estirase sus miembros y aspirara el aire afanosamente, fija su mirada en el horizonte, extiende su cuello hácia un punto determinado, viendo ya la presa cuando los hombres no la han distinguido todavía; estremécese de una manera convulsiva, y luégo se lanza al espacio, primero en línea horizontal, y despues remonta el vuelo á lo alto para dominar al ave que trata de apresar.

La avutarda, al verse amenazada con aquel mortal peligro que se cierne sobre su cabeza, trata de volar, perdiendo así la única probabilidad que tendria de escapar embutiéndose en un agujero ú ocultándose en las matas. El halcón entre tanto la tiene literalmente bloqueada, hasta que desciende de su altura rápido como una saeta, cayendo con su pico y su acerada garra sobre el cuerpo de la víctima, rodando ambos por el suelo.

Este desenlace es rápido como un relámpago. La avutarda prolonga su agonía por medio de algunos picotazos impotentes y mal dirigidos, miéntras los cazadores rodean el lugar del combate; y el halcón, seguro ya de su victoria, va á posarse en la mano cubierta con la pihuela, donde le espera un gran trozo de carne cruda en premio de su valor y de su trabajo.

Estos dramas aéreos se repiten de media en media hora á lo más, y cuando llega la del almuerzo, elige la comitiva un paraje sombreado por álamos blancos, y allí, á la orilla del agua, cuya corriente sirve de fuerza motriz

al primitivo molino oriental, se instalan las tiendas y se asan las piezas de caza con una cantidad enorme de especias al uso de aquel país.

Ya están los manjares á punto, y los nobles cazadores arrodillados sobre los manteles, que es la manera de ponerse á la mesa en Persia.

Dejémosles entregados al descanso sobre aquellas ricas alfombras, comentando entre las nubes de humo que sale de sus largas pipas los divertidos lances de la caza, y las emociones que produce en la práctica el noble arte de la cetrería.

C. F.

## TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DÍA 6 DE JUNIO.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y tres tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, el Duque de Tamames, contra los Sres. Okolicsanyi, Dubosc y Marqués de Bendaña.

La segunda piña, cada uno á su distancia, de cinco pichones y cinco tiradores, la ganó, matando cuatro de cinco tiros, Mr. Okolicsanyi, contra los Sres. Marqués de Bendaña, Duque de Tamames, Dubosc y don Rafael de Imaz.

La tercera piña, lo mismo que la anterior y cuatro tiradores, la ganó, matando cuatro de seis tiros, Mr. Okolicsanyi, contra los Sres. Duque de Tamames, Marqués de Bendaña y Dubosc.

La cuarta piña, igual á la anterior, la ganó, matando cuatro de cinco tiros, el Marqués de Bendaña, contra los Sres. Okolicsanyi, Duque de Tamames y Dubosc.

La quinta piña, cada tirador á su distancia, de tres pichones y cuatro tiradores, la ganó, matando tres de tres tiros, el Conde de Gomar, contra los Sres. Okolicsanyi, Dubosc y Marqués de Bendaña.

La sexta piña, cada tirador á su distancia, de cinco pichones y cuatro tiradores, la ganó, matando cuatro de cuatro tiros, el Conde de Gomar, contra los Sres. Okolicsanyi, Dubosc y Marqués de Bendaña.

La séptima piña, cada uno á su distancia, de un pichon y cuatro tiradores, la ganó, matando dos de tres tiros, el Sr. Marqués de Bendaña, contra los Sres. Dubosc, Okolicsanyi y Conde de Gomar.

La octava piña, cada tirador á su distancia, de un pichon y dos tiradores, la ganó, matando uno de dos tiros, Mr. Okolicsanyi, contra el Sr. Dubosc.

Presenció la tirada Mme. Okolicsanyi.

## COCINA VENATORIA Y PISCATORIA.

CABEZA DE JABALÍ.

Para obtener una cabeza de unas dimensiones regulares, se doblan las orejas sobre el cuello del jabalí y se corta la cabeza á esta medida. Se chamusca, se pone en un cubo y se limpia perfectamente, rascándola con una piedra lisa y mucha agua. Hecho esto, se abre por debajo de la mandíbula inferior, á fin de quitarle todos los huesos sin estropear la piel.

Extendida ésta, se la espolvorea con salitre bien machacado, con el que se frota mucho para que se introduzca en todas partes.

Se pican unos ajos, y la mitad de éstos se mezclan con pimienta, clavos de especia quebrantados y albahaca en polvo.

Se toma mitad vaca y mitad puerco fresco; si se puede tener á mano jabalí debe emplearse con preferencia al puerco fresco, y se corta esta carne en pedacitos del grueso de dos dedos, y se colocan en filas en toda la extension de la cabeza, mezclándolos con hileras de tocino salado, hasta que se rellene la piel.

Se frota de nuevo con salitre y se espolvorea con el resto de los ajos y especias, cerrando y cosiendo la piel para que tome su forma primitiva. Se deja reposar un día ó dos, para que la sal y el salitre puedan penetrar bien.

Despues se envuelve la cabeza en una servilleta, que se cose bien apretada, y de este modo se pone á cocer en una marmita bastante grande, para que contenga la cabeza con todos los huesos que se extrajeron de ella y seis litros de vino, un puñado de sal, pimienta, tres raíces de jengibre, tres cebollas grandes, hojas de laurel, bayas de enebro y toda clase de legumbres. Se echa agua en la marmita hasta que esté llena. El vino puede ser blanco ó tinto, segun el gusto de cada uno.

Se hace hervir hasta que la cabeza esté tierna, teniendo cuidado de añadir agua pura y caliente para que la marmita esté siempre llena. La coccion debe ser lenta. Si la cabeza era de un jabalí de tres á cuatro años, deberá tenerse á la lumbre ocho horas á lo ménos.

Entónces se le retira, se coloca en una cubeta grande y se le levantan las orejas, se cubre la cabeza con una tabla de su mismo tamaño y sobre ésta se colocan algunas piedras. Hecho esto, se vierte en la cubeta la coccion hasta la altura de la tabla, y no se le quitan las piedras sino hasta que la cabeza esté completamente fría.

Se puede conservar una cabeza de jabalí en la coccion durante tres ó cuatro semanas, y si se quisiera dejar en ella por mucho más tiempo, se cubrirá ésta, que se habrá trasformado ya en una gelatina, con una capa de grasa caliente, para que intercepte el aire. Despues se pone un lienzo blanco y un papel grueso por encima.

La misma operacion puede hacerse con una cabeza de puerco doméstico. En este caso deberá procurarse que no tenga mucha grasa.

Una cabeza de puerco deberá comerse en seguida, porque no puede conservarse como la de jabalí.

CARPAS RELLENAS.

Vaciada y escamada la carpa, se la pone en un plato hondo, con sal y pimienta, y se la riega con aceite bueno. Miéntras se macera la carpa en el aceite, se hace el relleno del siguiente modo: se frien tres cebollas en manteca fresca con un puñado de cebolletas y perejil picado, y se le añaden una miga de pan mojada en leche, sal, dos huevos y pimienta; friendo todo este conjunto despues, hasta que el relleno tenga consistencia, si se tienen á mano lechecillas de pescado, se cortan en pedacitos y se añaden tambien.

Con esto se llenan los cuerpos de los pescados; despues se cosen para que no se salga el relleno.

Para cocer las carpas rellenas se pone manteca en una tartera, y se colocan en ella las carpas despues de haberlas de antemano bañado en aceite; entónces se cuecen durante tres cuartos de hora á fuego lento.

Con respecto á la salsa que acompaña á las carpas rellenas, se mezclan unos ajos picados y una cucharada de harina en manteca fresca;



después se echan una gota de caldo, pimienta, sal, nuez moscada, especias, dos hojas de laurel, alcázaras, algunos pedacitos de limón, perejil picado, unas gotas de vinagre, y últimamente, el aceite que ha servido para macerar el pescado.

La salsa debe hervir una media hora: después se ponen las carpas para que cuezan en ella muy lentamente un cuarto de hora.

Si se quiere, al servir las a la mesa se guarnece la fuente con cangrejos.

### GACETILLA.

**LA CRUZADA DE LA VEDA.**—Escriben de Cataluña, que los cazadores de algunos pueblos del Principado, viendo con dolor los abusos que cometen los dañadores y cazadores furtivos, han ideado echar por los montes bolas de estrignina para matar los perros de esos cazadores de mala ley.

Condenamos semejante proceder, en el caso de que haya efectivamente quien lo pueda haber intentado. Una falta no autoriza otra, y mucho menos cuando los cazadores de buena fe pueden y deben, allí donde no alcancen las fuerzas de la autoridad, denunciar los abusos y las infracciones. Para eso es público el derecho de la denuncia. Insistimos en lo que ya hemos dicho en otra ocasión: los cazadores en especial, observando cada uno por su parte la ley, y asociados para perseguir unidos a los que la infrinjan, pueden hacer mucho, mucho, muchísimo. ¿Dónde hay una Sociedad tan numerosa como la de los cazadores en España, que pueda, si se lo propone, con su ejemplo y con su persecución personal, y su iniciativa cerca de las autoridades, hacer que se respeten sus leyes?

Llamamos, en apoyo de este pensamiento, a los ilustrados redactores del *Boletín de la Asociación de Aficionados a la Caza*, de Barcelona; de *El Semanal*, de Pamplona; de la *Revista Venatoria*, de Huesca, periódicos de caza; de la *Revista Universal Ilustrada*, de Barcelona; de *El Juanero*, de Málaga, periódicos que suelen ocuparse de lo mismo, y de cuantos se interesan por nuestra afición, a que formen con nosotros la *Cruzada de la Veda* contra los dañadores y cazadores furtivos, seguros de que todos juntos triunfaremos en nombre de la ley y de la sociedad ofendida, puesto que se ataca a la Hacienda Pública, y se merman los productos que, en último resultado, vienen a resolver en muchas partes la gran cuestión social de la alimentación de los pueblos.

¡Guerra a los infractores de la ley de Caza!

**SOBRE LA CAZA DE CODORNICES.**—El Gobernador de Tarragona ha dado una Circular prohibiendo absolutamente la caza de codornices, conforme a lo prevenido en la ley, hasta 1.º de Agosto. ¡Bien por el Gobernador de Tarragona! En la misma Circular prohíbe la caza de golondrinas y demás aves insectívoras con redes y otras artimañas.

**SOCIEDAD DE CAZADORES DE REUS.**—Esta Sociedad ha nombrado Presidente a D. Pedro Batlle, y Secretario a don Juan Pujol. Esperamos que secundará el celo de las demás corporaciones catalanas.

**ASOCIACION GENERAL DE CAZADORES CATALANES.**—De tal manera se ha desarrollado en toda Cataluña la afición a constituir sociedades de Caza, y tales y tan fecundos

**SOCIEDAD DE CAZADORES DE MONTROIG.**—Esta Sociedad ha nombrado presidente a D. Cayetano Romeu; vocal a D. Juan Maseras; tesorero a D. Narciso Dalmau, y secretario a D. Antonio Farrando.

**VEDADO DE CAZA.**—El Sindicato de la Asociación de aficionados a la Caza, de Barcelona, tiene el proyecto de establecer un vedado, en que por una módica cantidad puedan cazar todos sus socios. Hé aquí una de las grandes ventajas, entre otras muchas, de las sociedades de caza, cuya organización venimos recomendando desde el primer día a nuestros lectores.

**DELEGACION DEL GOBERNADOR DE TARRAGONA.**—Este

gobernador de provincia ha autorizado al Sr. D. Joaquín Badía y Andreu, presidente de la Asociación de Aficionados a la Caza, de Barcelona, para que vele por el exacto cumplimiento de la ley, así como también para el comiso de las piezas que se pongan a la venta durante la época de la Veda, haciendo extensiva dicha autorización a los delegados o representantes que tenga la Asociación en aquella provincia; y encarga a los Alcaldes, Guardia civil, guardas jurados y municipales, etc., que presten el debido auxilio a dicho señor y a las demás personas encargadas por éste de velar por el cumplimiento de la ley de Caza.

Los cazadores catalanes han logrado ponerse al frente del movimiento de legalidad que se está obrando en toda España, en favor de la Veda y contra los dañadores y cazadores furtivos.

**NOVÍSIMO ROMANCERO ESPAÑOL.**—Se ha publicado el tomo III de esta preciosa obra en la *Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada*.

**LA LANGOSTA.**—Hemos recibido un folleto con curiosas *Observaciones sobre la langosta*, de la provincia de Madrid, y la destrucción de sus dehesas boyales, por D. Balbino Cortés y Morales.

**LEON MARINO.**—Una excursión de pescadores en Marcus Hook, New Jersey, ha cogido recientemente uno con un *chinchorro*; y aunque destrozó toda la red, lograron al fin con gran trabajo echarlo en el bote y matarlo.



LOS PECES DEL PARAÍSO.

son los resultados obtenidos, que ahora se proyecta una Asociación General Central de todas las establecidas, y de que sería órgano el *Boletín* de la de Barcelona.

**SOCIEDAD DE CAZADORES DE VICH.**—Los cazadores de esta ciudad tratan de formar una Asociación a la manera que se están formando por toda España.

## ANUNCIOS.

**ARMAS DE CAZA Y DE TIRO.**—Libioulle, Guinard y Compañía. —Avenida de la Opera, número 8, en París. —Únicos agentes de W. W. Greener, de Londres y Birmingham, y de Torchand y Wadsworth de Worcester.



Escopetas chokebore de Greener para caza y tiro de palomas. Francos.

1 Escopeta de triple corredera; calibre, 12, 16 y 20, sistema chokebore, 1.ª clase, adamascado muy fino. . . . .	1.100
2 La misma escopeta, 1.ª clase, adamascado fino. . . . .	1.000
3 Id. id., sin adamascado. . . . .	920
4 Id., 2.ª clase, adornos finos. . . . .	840
5 Id., 2.ª clase, sin ningún adorno. . . . .	820

	Francos.
6 Id., sin adorno, pero el mejor montado de este sistema. . . . .	740
7 Escopeta de doble corredera; calibre, 12, 16 y 20, sistema chokebore modificado. . . . .	680
8 Id., id., id. . . . .	550
9 Escopeta chokebore, modificada, llave inglesa y calibre 12, 16 y 20. . . . .	420
10 Id., id., id. . . . .	340
11 Id., id., id. . . . .	300

Las escopetas marcadas con los números 1, 2, 3, 4, 5 y 6 están arregladas para tirar de 200 a 230 perdigones ingleses, del número 6, en un blanco de 76 centímetros de diámetro, a 36 metros y 50 centímetros de distancia. El número máximo de perdigones para la carga es el de 305.

La escopeta número 7 tira de 180 a 210 perdigones.	
Id. » número 8 » de 160 a 200 »	
Id. » número 9 » de 140 a 190 »	
Id. » número 10 » de 160 a 170 »	
Id. » número 11 » de 150 a 160 »	
Escopeta Hammerlen, sin gatillo, 1.ª clase, sistema choke. . . . .	120
Id. id. id. 2.ª clase. . . . .	750

**Revólvers de Torchand y Wadsworth de Worcester (Estados- Unidos).**

	Francos.
Bull dog de triple raja de nuez; calibre, 320, nikelado. . . . .	35
Id. id. id. id. 380 id. . . . .	40
Terror id. id. id. 320 id. . . . .	35
Id. id. id. id. 380 id. . . . .	40
Revólver de acción doble id. 320 id. . . . .	55
Id. id. id. id. 380 id. . . . .	60

Escopetas de caza de 100 a 200 francos, de todos sistemas y calibres. Revólvers desde 8 hasta 120 francos. Carabinas de precisión de los sistemas Martini, Stahl, Wetterli, Sharps, y municiones, enseres y accesorios de caza y de tiro.

**ARRIENDO DE UN COTO.**—La dehesa denominada Fresnedoso, a dos kilómetros de la Estación de Malpartida de Plasencia, y orillas del río Tíjar, se arrienda, con gran abundancia de caza menor y alguna mayor. El guardi de la referida dehesa, Francisco Rubio, enterará de las condiciones de dicho arriendo.

Madrid, 1879.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastiade Aribau y C.ª Calle del Duque de Osuna, n.º 3.